

los fusiles chassépot, y al instante cayó herido de cinco balazos. Los restos de sus cinco compañías no avanzaron, pero tampoco retrocedieron y en medio de ellos expiró su jefe, diciendo al morir: «Es una muerte hermosa la que se encuentra en el campo de batalla; muero gustoso porque veo que el combate va adelante (1).»

No quedaba mas que un medio contra la superioridad contundente del enemigo, que fué el hacer entrar en la accion fuerzas de refresco. Así lo ejecutó el general Goeben, jefe del octavo cuerpo de ejército, que envió al sitio de la accion, á las tres de la tarde, ocho batallones de su vanguardia á medida que fueron llegando é hizo dar el asalto á la montaña Bermeja por dos lados, consiguiendo apoderarse de ella, aunque con grandes pérdidas, á las seis de la tarde, despues de tenaz lucha en el bosque. Con la montaña Bermeja quedaron los alemanes dueños de toda la primera línea de las alturas de Spicheren, pero entonces empezó una nueva batalla, porque desde la altura dominante al otro lado de Spicheren la artillería enemiga envió una lluvia mortífera de granadas sobre los alemanes, á los cuales atacaron al mismo tiempo en repetidas embestidas la infantería y la caballería de la division Bataille. En tan difícilísima situacion la quinta division consiguió subir con cañones y caballos por escarpados senderos dos baterías, siguiendo el límite occidental del bosque de Saint-Annual, y colocadas que fueron en la cumbre hicieron un fuego destructor sobre los franceses desde la distancia de 1,200 pasos. Tres veces avanzó el enemigo y otras tantas fué rechazado, hasta que viendo su ala izquierda atacada á la vez por delante y por la espalda por seis batallones se replegó sobre Etzling, lugar situado á un cuarto de hora detrás de Spicheren, y protegido eficazmente por su bien colocada artillería emprendió su retirada sobre Saargemund.

En la accion de Wissemburg estuvo desde un principio la superioridad del número decididamente de parte de los alemanes, y en la accion de Worth tuvieron igual superioridad por lo menos en el curso de la batalla; mas en la accion de Spicheren sucedió enteramente lo contrario, pues allí algunos regimientos alemanes lucharon contra divisiones enteras francesas, y no obstante tomaron alturas que los franceses creyeron inexpugnables. Los vencedores perdieron en esta batalla 223 oficiales y 4,648 individuos de tropa, mientras el general Frossard en su informe (2) pretende haber perdido solo 249 oficiales y 3,829 soldados. La impresion moral que hicieron los alemanes fué extraordinaria. Un corresponsal del *Times* escribió el 7 de agosto: «Jamás se ha visto instrumento de destruccion mas formidable que el ejército alemán, que viene á ser la fuerza física de todo un pueblo reunido y llevado contra el enemigo; y tal es su instruccion, disciplina y subordinacion voluntaria que este ejército obra como obra el individuo, dirigido por su cabeza y su corazon. El asalto á la montaña de Spicheren demuestra la fuerza inmensa física y moral de este ejército. Dos regimientos estaban ya extenuados cuando el regimiento número 40 avanzó y se tomó la altura con una pérdida de 600 soldados y 16 oficiales, teniendo otros regimientos pérdidas análogas y aun mayores; era un trabajo necesario, y se hizo sin mas sacrificios que los indispensables, pero con todos los que el caso requería (3).»

Un oficial del regimiento 12, que al lado del regimiento 48 tomó parte en el asalto de la montaña Bermeja, por la vertiente árida, describe la batalla de Spicheren en lo relativo

(1) *La guerra franco-alemana*, tomo I, pág. 327.

(2) Frossard: *Rapport sur les opérations du deuxième corps de l'armée du Rhin*, 1870. Paris, 1871, pág. 52.

(3) Fontane, tomo I, pág. 219.

á la parte que él tomó en la accion, y su descripcion, publicada por la *Gaceta de la Cruz*, se encuentra reproducida en el diario de Hirth (tomo I, pág. 742). El regimiento 12 habia sido embarcado en Neuenkirchen y desembarcado en Saarbruck, desde donde fué enviado al fuego; habiendo tal entusiasmo en el regimiento que salvó la distancia desde la estacion hasta el campo de batalla á paso de carga. Media legua al Sur de Saarbruck se extiende de Oeste á Este una vertiente escarpada, delante de la cual todo el país está dominado por la altura, sin ofrecer el menor accidente para ponerse al abrigo de las balas enemigas; por manera que esta vertiente forma en apariencia una posicion inexpugnable, apariencia engañosa, como lo probaron las tropas prusianas el 6 de agosto. Dice el artículo:

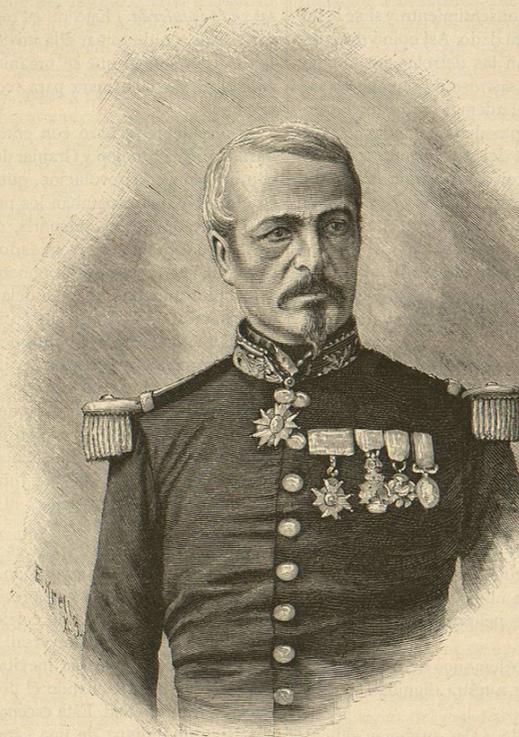
«Nuestras compañías, á pesar de haber hecho por la mañana una marcha fatigosa y á pesar del voluminoso bagaje, y bajo un calor extraordinario, recorrieron el camino á los incesantes gritos de hurra hasta el campo de batalla, en un tiempo tan corto que parecia imposible. No habian dormido en las últimas tres noches; el día de que se trata no habian comido, y hacer despues una hora de marcha á paso de carga no era cosa que pudiera disponer á los hombres mas robustos para entrar en batalla. Así fué que yo por mi parte al salir de la ciudad, donde empieza la subida, me hallé ya enteramente extenuado. Allí donde el camino conduce á la mencionada série de alturas luchaba ya desde una hora con grandes pérdidas nuestro primer batallon. El segundo batallon, del cual yo formaba parte, recibió orden de apoyar al primero en su ataque, á cuyo fin fué menester que mi batallon efectuara á 1,500 pasos del enemigo una marcha de flanco, y al llegar á la altura de nuestro punto de ataque sufrimos ya, á pesar de la distancia, el fuego eficaz del enemigo. La quinta y sexta compañías fueron colocadas delante y mi compañía ocupó el ala izquierda. Entretanto habia sido herido el coronel Reuter en un pié, habiendo encargado el mando de su regimiento al teniente coronel Kalenowsky, que á su vez habia encomendado el mando de su batallon al capitán Johow. Hecho esto, procedieron las compañías quinta y sexta al ataque cuando el primer batallon volvió á atacar y esta vez con buen éxito. Yo no tenia mas afán que hacer esfuerzos para quedar á la cabeza de la compañía. El enemigo al recibir el último ataque del primer batallon abandonó la primera posicion, allí donde se tocan la pendiente enhiesta cubierta de bosque y la pendiente mas suave al pié de la altura, y se dirigió á lo largo de la pared de peña, desde donde nos hizo fuego. Llegado que hubimos á la primera posicion del enemigo dejamos las mochilas y demás impedimenta, porque los hombres estaban tan fatigados que me pareció imposible conducirlos aun sin equipaje á la cumbre de la altura. Allí empezó el cuarto de hora mas terrible que he pasado en mi vida, y no que las balas enemigas me aterrorizaran, porque hubiera recibido con agradecimiento la primera que me hubiera malherido, obligándome á quedar tendido; lo que me desesperaba era el estar completamente sin fuerzas y la perspectiva de la imposibilidad de llegar yo personalmente á la cumbre. No puedo describir lo que padecí en aquellos instantes. Calcúlese mi situacion si me hubiese visto obligado á sentarme y si mi compañía hubiese llegado sin mí á la cumbre. Tomé la resolucion de no quedar vivo en el camino, y eso que mas de uno quedó allí extenuado que debia de tener todavía mas fuerzas que yo. Mis piernas no podian subir mas. Me agarré á las matas y apoyándome en ellas fuí subiendo. De esta manera, haciendo esfuerzos inauditos, nos acercamos á la cumbre. En todas las caras leí la firme resolucion de llegar allá á toda costa; el mismo enemigo debió de haber leído esta resolucion en

nuestros semblantes, porque al hurra que lanzamos al hacer un último esfuerzo evacuó la posicion.»

En aquellas mismas horas del 6 de agosto en que corrió á torrentes la sangre de héroes en el combate por las alturas de Spicheren y de Froschweiler, los parisienses en la capital dieron al mundo el espectáculo que faltaba para completar el cuadro repugnante empezado en la sesion del 15 de julio del cuerpo legislativo.

Se habia esparcido por algunos tunantes una noticia falsa de victoria en la Bolsa de Paris, á fin de producir un alza en todos los valores, alza que fué explotada naturalmente por

los especuladores con grandes beneficios. Esta noticia cundió por todo Paris como un rayo, produciendo una alegría y un júbilo delirantes, y fué publicada tambien por el periódico *La France*, que era uno de los mas leídos y que gozaba del favor de la corte. Este periódico decia: «Escribimos en medio de un espectáculo indescriptible y profundamente conmovidos. Hace una hora que Paris es presa de un verdadero delirio; se oyen gritos de victoria; las casas se cubren de banderas; el pueblo se precipita á las calles; la Bolsa está sitiada por una multitud febril; los bulevares están llenos de gente que no deja siquiera paso á los carruajes; los ómnibus van



El general Frossard (segun fotografia)

llenos de gente que canta la Marsellesa y agita los sombreros y pañuelos. ¿Qué motiva tan inaudita manifestacion patriótica? Se dice que ha llegado un despacho de Lóndres que anuncia una victoria, quizás decisiva, del ejército francés. Se dice que el príncipe real de Prusia ha sido literalmente aplastado en Landau por los cuerpos unidos de Bazaine y de MacMahon. Se dice que han caído en nuestro poder 25,000 prisioneros y 40, 60 ó 80 cañones. Se dice, finalmente, que el príncipe real de Prusia está herido y se encuentra entre los prisioneros. Esto se dice desde hace una hora y esta noticia ha adquirido, no se sabe cómo, el carácter de noticia oficial y ha inflamado todo Paris de un extremo al otro.»

Esta noticia habia salido de la Bolsa, dentro de la cual se decia que el despacho oficial estaba fijado en las esquinas, mientras que fuera de la Bolsa se aseguraba que dentro de ésta estaba fijado el despacho oficial. Todo el mundo creía que el despacho existía, si bien nadie lo habia visto. En la escalinata del palacio fué aclamada la gran victoria de MacMahon y saludada con bravos, vivas y canto de la Marsellesa.

Las primeras personas que supieron la noticia se precipitaron á los coches estacionados en la plaza de la Bolsa para ser tambien los primeros en participarla á sus amigos. En el Palacio de Justicia todos perdieron los estribos; en la antesala se precipitaron abogados y fiscales los unos en brazos de los otros y arrojaron sus birretes al aire. A la una y media se habia aumentado la multitud delante de la Bolsa y en las calles adyacentes tanto que no podian pasar ni coches ni personas. Finalmente, á las tres de la tarde se publicó en la Bolsa un despacho del ministerio diciendo que lo único que se sabia de los diferentes cuarteles generales era que se hacian preparativos para el desquite. Esto hizo cambiar el espíritu del pueblo y una turba penetró en la Bolsa gritando: «¡Abajo la Bolsa, mueran los tunantes!» á cuyos gritos se evadieron á toda prisa los bolsistas y una seccion de la guardia municipal despejó el edificio y despues la plaza.

Por la noche recibió la emperatriz en Saint-Cloud la noticia de ambas derrotas, y á las cinco de la mañana trasladóse á las Tullerías, donde reunió inmediatamente el consejo

de ministros, el cual decidió publicar las tristes nuevas á las once en una edicion especial del periódico oficial. La primera estaba redactada en estos términos:

«Metz, 7 de agosto á media noche. — Mac-Mahon ha perdido la batalla. Frossard se vé obligado á replegarse sobre el Saar. Esta retirada se efectúa en buen orden. Todo puede remediarse todavía. — *Napoleon.*»

En el mismo número publicó el consejo de ministros dos decretos: uno convocando la cámara para el día 11 y otro declarando el departamento del Sena en estado de sitio. La convocacion de la cámara en semejante momento significaba en opinion del emperador, desencadenar la revolucion; no debia haberse convocado sin su consentimiento y si se le hubiese preguntado á él no lo hubiera dado. Así opinó despues; pero como la desgracia suya eran las derrotas, no hubiera sido posible debilitar el efecto desastroso de semejantes noticias prescindiendo de la cámara; además era la convocatoria indispensable á fin de tomar inmediatamente las disposiciones necesarias para la defensa del país, cuando por otro lado no era de temer que Napoleon III utilizara la reunion de la cámara para declararse dictador. Sin esperar el 11 de agosto se reunió el cuerpo legislativo el 9 del mismo mes, y desde el primer instante se vió como en el año 1813 que el infortunado emperador no era para la cámara lo que habia sido cuando le protegía la fortuna. La nacion separó su suerte de la del emperador y luego tambien de la del trono imperial.

Gramont y Ollivier, los dos ministros que habian sido en la sesion del 15 de julio los héroes de la situacion, se presentaron en 9 de agosto en la cámara con la mayor desfachatez. Ollivier leyó una declaracion que empezaba con estas palabras: «Señores, el emperador les prometió á ustedes que la emperatriz los convocaria si las circunstancias se hicieran difíciles. Nosotros no hemos querido aguardar para convocarlos á que la situacion de la patria fuera peligrosa.»

Voces á la izquierda: «¡Peligra!»

Julio Ferry: «La Lorena está circundada.» (*Ruido.*)

El marqués de Piré: «La patria nunca peligra.»

Latour du Dumolin: «Lo que peligra es solo el ministerio.»

El presidente Schneider: «Guardémonos de hacerlo peligrar, descuidándonos de conservar nuestra dignidad.» (*Muy bien, muy bien.*)

Ollivier: «Os hemos convocado á las primeras dificultades. Algunos cuerpos de nuestro ejército han sufrido descalabros; pero su mayor parte no está vencida ni ha entrado siquiera en accion. (*Muy bien, muy bien.*) La parte rechazada fué derrotada por una cuádruple ó quintuple fuerza enemiga y ha mostrado en el combate un valor heroico, sublime...» (*Aplausos prolongados en todos los bancos.*)

Guyot-Montpayroux: «Han sido leones mandados por asnos, como dijo Napoleon.» (*Exclamaciones.*)

Arago: «Desapareced, señores, y el ejército vencerá.»

Julio Favre: «Es una vergüenza la presencia de este ministerio ante esta cámara.»

El presidente Schneider: «Escuchen primero los señores diputados; despues deliberará la cámara.»

La asamblea escuchó, pues, al presidente del ministerio, que era Ollivier, y despues de éste al ministro de la Guerra respecto de la convocacion de la guardia nacional móvil y del aumento del ejército con 450,000 hombres.

Entonces Julio Favre prescindió de todas las consideraciones, pidiendo un armamento general del pueblo y la dictadura de una comision de quince miembros de la cámara, diciendo: «Todos los franceses, desde el primero hasta el último, están prontos á morir para rechazar la invasion del

extranjero; mas esto no basta. Se nos ha dicho que habia pasado el tiempo de hablar. Sí, pero tambien ha pasado el tiempo de las consideraciones que deshonran á las asambleas y los imperios. La verdad es que la suerte del país peligró, y este es el fruto de los errores de aquellos que dirigen los movimientos militares y de la completa ineptitud del que tiene el mando supremo. (*Muy bien á la izquierda, rumores.*) Estamos abocados á sucesos que exigen no solamente toda nuestra fuerza, sino tambien toda nuestra sabiduría. De consiguiente, todas nuestras fuerzas deben estar en manos de un solo hombre, y este hombre no debe ser el emperador. El emperador ha sido infortunado; que vuelva. (*Aplausos en la izquierda.*) Esto no es todo; si la cámara quiere salvar al país, ha de tomar ella misma en sus manos el poder. Por esto propongo que se organice una comision de quince miembros de la cámara para rechazar la invasion del enemigo.»

El presidente rechazó con entereza esta proposicion contraria á la constitucion y Granier de Cassagnac dijo: «Este es el principio de la revolucion, que da la mano á la invasion en el país, y que esperaban los prusianos. No se portó peor Bourmont, de odiosa memoria, cuando hizo traicion á su país; pero á lo menos era soldado, cuando otros, fortificados detrás de sus fueros, se proponen derribar el gobierno del emperador mientras se halla delante del enemigo; todos los que estamos aquí, lo estamos en virtud de nuestro juramento, de nuestro carácter y de nuestra inviolabilidad. El que falta á su juramento cesa de ser inviolable, y si yo tuviese el honor de sentarme en los bancos del gobierno les llevaria á todos ellos ante el consejo de guerra.»

En esto exclamó Julio Simon al entrar en el semicírculo delante de la tribuna: «¡Fusilenos usted, estamos prontos!» La manera patética con que Julio Simon pronunció estas palabras pareció tan graciosa al duque de Gramont, que soltó una estrepitosa carcajada.

«¿De qué se rie usted? ¡Ese es un insulto!» dijeron voces desde los bancos de la oposicion. Estancelin, Ferry y otros diputados se levantaron y se precipitaron hácia el banco de los ministros, á cuyo auxilio corrieron los del otro lado, originándose un clamoreo universal. Por ambas partes se levantaron los puños, y parecia inevitable que llegasen aquellos señores á las manos cuando el presidente se cubrió y restableció la tranquilidad. Esta escena, que calificó el presidente con razon de indigna de una cámara francesa, sobre todo á la vista del enemigo, fué la última obra del duque de Gramont como ministro, dando una prueba de su rara rudeza de carácter.

La sesion concluyó aceptando una orden del día en que se invitaba al gabinete á dimitir. Durante la noche recibió el general Cousin de Montauban, conde de Palikao, que mandaba en Lyon, un telégrama de Ollivier diciendo: «Su majestad la emperatriz llama á usted á Paris al instante; hay á su disposicion en Lyon un tren expreso.» El día 10 á las nueve de la mañana llegó el conde y se presentó á la emperatriz, que le recibió rodeada del consejo de ministros, y allí se le ofreció el ministerio de la Guerra, que desde la salida de Leboeuf habia sido provisto solo interinamente. El conde se hizo rogar mucho, pero al fin aceptó, y apenas hubo aceptado declaró Ollivier que el ministerio que presidia habia perdido la confianza del país, por lo cual suplicaba á la emperatriz que aceptara la dimision de sus colegas y la suya propia. La emperatriz aceptó al instante; de suerte que el general recién llegado y que hasta entonces habia vivido muy ajeno á la política, se vió de repente ministro de la Guerra y presidente del nuevo ministerio. Este habia sido formado ya la noche anterior y el nuevo presidente del con-

sejo le presentó á la cámara el día 10 por la tarde. Al tomar la palabra gritaron algunas voces: «¡Mas alto! ¡mas alto!» pero el nuevo presidente contestó bondadosamente: «Permitanme los señores diputados que no hable mas fuerte, porque tengo para ello un buen motivo, atendido que hace veinticinco años recibí en el pecho una bala que no se ha podido sacar.» Al nombrar los nuevos ministros fué aplaudido el de la Guerra y luego el de Marina, que era el almirante Rigault de Genouilly. De los demás ministros solo merece nombrarse aquí el de Negocios extranjeros, el príncipe de Latour d'Auvergne, que acababa de regresar de Viena.

El nuevo gobierno no tenia su asiento en los bancos de los ministros sino en el seno del mismo cuerpo legislativo, que celebraba sesion diaria. En estas sesiones una simple mocion de cualquier diputado tenia entonces mas importancia que antes todas las resoluciones de la cámara. Así se observó en la sesion del 11 de agosto, en la cual el conde Keratry propuso que se nombrase una comision del parlamento para investigar los sucesos ocurridos, y que citara ante sí al mariscal Leboeuf y con él á todos los funcionarios de la administracion militar. Esto dió lugar á un vivo debate en el cual preguntó Guyot-Montpayroux: «¿Es en este instante el mariscal Leboeuf todavía jefe del estado mayor general del ejército? ¿sí ó no? Su presencia en el ejército es en este instante un escándalo y un peligro para el país.» (*Vivo aplauso, á la izquierda grandes rumores.*) Mientras duraba la discusion sobre la manera de contestar á la mocion de Keratry, repitió Guyot-Montpayroux su pregunta, dirigiéndose al ministro de la Guerra: «¿Es el mariscal Leboeuf todavía jefe del estado mayor ó no? Si alguien desea que continúe á la cabeza del ejército, que se levante. Es un escándalo que este individuo no esté destituido todavía.» A esto tomó la palabra el ministro de la Guerra; pero como por lo visto quiso eludir la verdadera cuestion, se la repitió el interpelante en estos términos: «¿Es el mariscal Leboeuf todavía jefe del estado mayor ó es el mariscal Bazaine quien dirige el ejército?»

Entonces contestó el ministro de la Guerra: «El mariscal Bazaine tiene el mando en jefe del ejército del Rhin.» A estas palabras resonaron aplausos en toda la cámara, porque entonces gozaba Bazaine todavía de la confianza general (1); pero la verdad era que entonces no tenia todavía el mando en jefe del ejército del Rhin, que le fué dado en la cámara despues de la escena que acabamos de relatar. El nombramiento de Bazaine fué el último acto oficial de Leboeuf, que escribió en el cuartel general de Metz el 12 de agosto: «El jefe del estado mayor general al mariscal Bazaine: Tengo el honor de participarle que por resolucion de hoy, el emperador ha nombrado á V. E. general en jefe del ejército del Rhin; V. E. tomará inmediatamente posesion de su mando. Por resolucion del mismo día, ha nombrado el emperador jefe del estado mayor del ejército del Rhin al general de division Jarras.—El jefe del estado mayor, *Leboeuf* (2).»

Bazaine se presentó por la tarde del día 12 al emperador, que habitaba en la prefectura, para hacerle presente que por este nombramiento se le daba la preferencia sobre Canrobert y Mac-Mahon, que eran mariscales mas antiguos que él, á lo cual Napoleon contestó: «La opinion pública, en concordancia con el deseo del ejército, me recomienda la eleccion de usted. Mac-Mahon ha sido desgraciado cerca de Froschweiler y el crédito de Canrobert acaba de sufrir en el campamento de Chalons; de suerte que usted es el único cuyo

crédito está todavía ileso, y esta es una orden que le doy (3).»

Este nombramiento habia sido precedido no solamente por la destitucion de Leboeuf sino tambien por una abdicacion del emperador mismo, que acerca de los motivos que le condujeron el 12 de agosto á esta resolucion, dice en su *Ojeada retrospectiva sobre la guerra*: «El momento mas doloroso de todas las pruebas habia llegado. Júzguese del dolor de un soberano que á la cabeza de un ejército vigoroso y lleno de entusiasmo se vé impotente para emplear ventajosamente su celo y su adhesion. Todos sus planes habian quedado aniquilados por la reunion tardía de los cuerpos de ejército; la vigorosa iniciativa de los prusianos le habia obligado á retroceder, despues de haber avanzado hasta la frontera. Todos sus movimientos, que parecian resultado de la indecision y que juzgó la tropa y el público con severidad, habian producido una impresion desfavorable para él. No obstante, el ejército, fatigado por marchas penosas y conmovido por los reveses de Wissemburg, Froschweiler y Spicheren, no expresó mas que un deseo, el de avanzar; pero él, que era responsable del mando en jefe, creyó no deber obedecer á este sentimiento, tan natural en hombres que tienen el convencimiento de su fuerza y de su valor. Es verdad que el emperador se hallaba á la cabeza de 120,000 hombres (4) instruidos, prontos á emprenderlo todo; pero contra ellos estaban avanzando tres ejércitos enemigos, de los cuales cada uno era mas fuerte que todo el ejército francés, á saber: desde el Norte el ejército del general Steinmetz y el del príncipe Federico Carlos, y desde el Este el ejército del príncipe real de Prusia. Los cuerpos de caballería de estos tres ejércitos habian efectuado ya su reunion y habian aparecido cerca de Falkenberg. Si el ejército francés hubiese avanzado hácia el Saar para aceptar batalla, hubiera podido quedar separado de Metz por el príncipe real de Prusia, y si se hubiese dirigido hácia los Vosges, hubiera podido verse atacado en el flanco por los otros dos ejércitos alemanes.»

Todo esto era exacto, y de consiguiente no habia otro medio de salvarse mas que la retirada de todos los ejércitos al otro lado del Mosa, en direccion de Chalons y Paris. Esta cuestion fué debatida árdamente en el cuartel general francés entre el 7 y 14 de agosto, sobre lo cual dice Boulanger, oficial del estado mayor del ejército del Rhin, lo que sigue (5):

«7 de agosto por la mañana. — En el gabinete que precede al aposento del emperador en la prefectura, se encuentran reunidos algunos oficiales. El teniente coronel K., que ha sido enviado el día 5 al mariscal Mac-Mahon, y que ha podido formar juicio de la derrota de Froschweiler, hace su relacion al general Lebrun. Su consejo es concentrar todo el ejército al otro lado del Mosa. Los motivos que aduce con gran insistencia impresionan al general.

«8 de agosto. — Recibí del general Lebrun los datos para redactar un plan de marcha desde Metz á Chalons en tres direcciones. Debe entregársele este trabajo sin demora.

«9 de agosto. — Se habia hablado del movimiento hácia el Mosa. Se renuncia á él.

«14 de agosto. — El movimiento de retirada, discutido el día 7 y rechazado despues, se realiza con decision.»

No siendo ya el emperador jefe del ejército, era necesario que cuanto antes volviera á Paris para continuar siquiera siendo jefe del Estado, y á esto estuvo decidido; solo que no quiso emprender el viaje antes de que saliera de Metz el ejército del Rhin. El mismo emperador refiere que el mariscal Bazaine le hizo saber el 13 de agosto que, conforme al

(1) Las sesiones que el cuerpo legislativo celebró entre el 9 de agosto y el 4 de setiembre han sido impresas separadamente con el título: *Compte-rendu analytique des séances du Corps législatif. Session extraordinaire, 1870*, tomo único, Paris, 1870.

(2) Bazaine: *Episodes de la guerre de 1870*, Madrid, 1883, pág. 48.

(3) Véase la obra citada de Bazaine, pág. 49.

(4) Mejor dicho, 200,000 hombres poco mas ó menos.

(5) Boulanger, pág. 547.